

POR TODOS Y CADA UNO

Tema: 3 mujeres que se conocieron haciendo la prostitución, se reencuentran al cabo de unos pocos años y cada uno de ellas tiene algo que decir a las demás...

Rosario, Cristina y Valencia

Escenografía: 2 sillones de 1 cuerpo, 1 de tres, una mesa, 4 sillas, una mesita, 1 florero, otros.

Única Escena:

Se enciende las luces

Casa de Valencia (tiene unos 30 años más o menos, está demasiado pintada)...

Esta se mueve nerviosamente, pasea de lado a lado, se restriega las manos, acomoda el mantel, las sillas, hay encima de la mesa unos platos con vituallas, 1 refresco, 3 copas.

Hay una música suave sonando en tono bajo.

Suena el timbre:

Valencia abre y entra Cristina, una mujer alta, rubia, con porte distinguido arreglada como para una fiesta, la ropa es demasiado lujosa, trae un regalo en las manos (un perfume de marca, costoso).

Valencia: Qué suerte que viniste, pensé que serías menos puntual, ¡estás tan elegante!

Cristina: *(Bajito, casi inaudible)* Qué alegría de verme *(Y con ironía)*.

Valencia: No te escuché, ¿qué me decías? *(En tono algo alto)*

Cristina: No que no te podía fallar *(en tono normal ya)*, te traje algo *(Se lo extiende con demasiada delicadeza)*.

Valencia: No te hubieras molestado *(Lo abre)*.
¡Ayyy! ¡Que lindo! en realidad me encanta, molestate cuanto quieras.

Cristina: Bueno... y aquella qué te dijo... ¿que viene?

Valencia: Sí. Pero es bien uruguaya, impuntual. A veces llega cuando todo se está terminando... Acordate cuando se hacían los cumpleaños de tus hijos y llegaba con el pelo pegado de confetis, porque pasaba por debajo de la piñata, casi al final. Después se quedaba para barrer y acomodar.
A veces hasta dormía en la casa de uno.

Cristina: Sí, me acuerdo. *(Con un tono diferente, poniendo distancia, fría)* A mí no me gusta hablar mal de los que no están presentes.

Valencia: Bueno...
¡Qué bien te queda esa ropa!
Yo estoy más sencilla *(Viste un vestido Jackie o uno Chemise o un solero)*.

Cristina: A mí me gusta vestir el lugar al que llego.
(Mira alrededor, hace un gesto de desagrado).

Valencia: *(Se da cuenta)*. Sabés que tuve que cambiar los muebles después que me dejó mi marido, bah, la verdad es que se los llevaron porque no pude afrontar los pagos.

Cristina: Vos quisiste cambiar tu vida, *(Con burla)*: “y enderezarla”.
Si hubieses seguido mis pasos la vida hubiera sido otra.

Valencia: Por lo que me sirvió, te hubiera hecho caso.
(Suena el timbre, se queda parada como indecisa).

Cristina: ¿No abrís?

Valencia: Sí, sí claro... *(Va hacia la puerta)*

Rosario entra gritando, es una señora de altura media, sus ropas están mal combinadas, tiene una moda que ya no se usa.

Rosario: ¡Qué linda casa!, ¿es tuya?

Valencia: Sí, es humilde...

Rosario: Tenés que ver mi ranchito. Ahora se llueve.
Che tomá traje el vino (*le extiende brutaemente un tetra*) es bueno, yo lo tomo todos los días con la comida, es importado, es argentino.

Cristina: Yo ahora solo tomo whisky, por la presión.

Valencia: ¿Tenés presión alta o baja?

Cristina: Por la presión de Montero, mi marido.

Rosario: ¿Qué dice? (*Se dirige a Valencia*).

Valencia: Nada, reíte porque es un chiste.

Rosario: Ah! Ja, Ja (*Risa de quien no ha entendido aún*).

Cristina: En realidad se lo regalan o lo compra en los viajes en el "FreeChop".

Rosario: ¿En el "Frichó"?

Valencia: No, es FreeShop, algo así como comercio libre, libre comercio, venta libre... (*La interrumpe Cristina*).

Cristina: Como sea, ¿estás muy pulida vos, no? Lástima que tu marido te haya dejado (*Se calla, se da cuenta que pudo haber dicho algo que a Valencia le duele y cambia el tema*) ¿y las nenas, como están?

Valencia: Bien, por suerte.
(*Con pesar*) Qué suerte que vos siempre hiciste todo lo que quisiste.

De la calle al boliche a alternar, de ahí al canto y al baile y después, pum... un salto y a darte con embajadores y a la final cuando te casaste hasta estar con el jetset puntaesteño.

Cristina: Sí, por suerte muy feliz (*Casi sin darle entonación*).

Rosario: Ches, ches, ches (*Llamando la atención se deja caer en una silla y dice*) se entibia el vino. ¿Tenés una tijera o un cuchillo?

Valencia: Sí, están sobre la mesa. Quiero decir, hay un cuchillo sobre la mesa (*Está pensando en lo último que se ha dicho*).

Rosario: Yo mañana tengo que ir por el carné de asistencia, ¿no conocen a nadie?, hay cada lío con eso, antes alguien me daba una mano, ahora... arreglate como puedas.

Cristina: ¿Tenés algún problema de salud?

Rosario: Yo no, el Jacinto, la ciática lo mata, tiene pie de atleta, renguea de la pata derecha, se picó un ojo trabajando... (*La interrumpe*).

Valencia y Cristina: ¿Trabajando?

Cristina: Yo siempre dije que si Jacinto trabajaba seguro que tenían que internarlo, es una crueldad hacerlo trabajar al pobrecito.

Rosario: Cortala, no embromés (*sin enojarse*) pero Uds. saben que el me ayudo en la calle, cuando Uds. estaban en otra.

Cristina: Yo conseguí contactos que Uds. no quisieron aprovechar.

Rosario: Sí, me dabas indicaciones: “hablá así, hablá asá, no hables, cerrá el pico, no camines como pisando huevos, no te jorobés, blanqueate los dientes, decí haya y no haiga, resbalé y no resfalé”, tropecé, cobija. Inventaste unas palabras, cambias todo vos.

- Cristina:** Todo no lo inventé, no pude inventar una máquina de pulir brutas, de apiolar gilas, mirá como me hacen hablar.
- Valencia:** Mirá **Cristina**, sabemos que en la vida te fue bien. Yo tuve buenos momentos con Armando hasta que me corneó y se fue con esa inmundia (*se está poniendo mal, se contiene y sigue*), pero no llevemos la conversación a esos terrenos. Somos tres amigas, tres buenas mujeres. Yo las quiero.
- Cristina:** Y a los niños y a los perros y a los gatos y cuanto desamparado puedas a ayudar y mirá si la vida te ayudó en algo siendo “tan buena”.
- Valencia:** No soy buena, soy una idiota.
- Cristina:** Yo no dije eso. Vine a retomar la relación con Uds. Yo también te quiero a vos, mi chiquita (*la abraza*) y a esta bruta (*Rosario se le tira encima*). ¿No ves que es una bruta?
- Rosario:** Se pusieron sentimentales y no me dejaron terminar el cuento.
- Cristina:** Sí, perdoná, seguí.
- Rosario:** Me entendieron mal, el Jacinto no estaba trabajando, lo que se dice trabajando... Era como una changa de unos minutos.
- Valencia:** No entiendo.
- Rosario:** Y yo no entiendo porque tu vieja te puso Valencia.
- Cristina:** No seas cruel.
-
- Rosario:** Es un chiste no te enojés petisa (*a Valencia*). El Jacinto como es un “latinlover”, una especie de “macho latino” fue seleccionado para un aviso de la tele.
- Cristina:** Ni mi Montero sería elegido para modelo y al Jacinto que entiende que cambiarse la ropa, es darse vuelta el calzoncillo y la camiseta, lo eligieron. No perdonenme, pero fijate Valencia si se golpeo al entrar, si hay sesos o neuronas, bah una neurona tirada en el palier.

Rosario: Parece que el leer, te agrandó el cerebro y el cogote, estás medio agrandada vos, no me enojo porque igual te quiero.

Valencia: No se peleen, Rosario es una buenota y vos sos pura guerra al frente y una tierna al fondo. Seguí Rosario.

Rosario: *(Cuenta como si fuera una película de acción):*

Un día que el Jacinto estaba descansando en el frente del ranchito pasaron unos muchachos con unas cámaras,

unas luces,

unos equipos,

unos bolsos,

bueno con todo.

Entonces, se pararon, lo vieron al Jacinto levantando un cigarro que se le había caído y dijeron: “Oiga Señor, ¿no quiere trabajar para nosotros?”

El Jacinto se quedó helado, no era suficiente agacharse que todavía el trabajo seguía...

“Y yo de qué” dijo con la lengua como cuando se te pega un cubito y los dientes tocando como castañuelas. Faltó que dijera... ¿y eso duele? Alcanzó a traicionarse y venderse por el peso: pero por el peso del hambre. ¿Me van a pagar?

Sí señor más o menos 200 dólares.

Qué, bueno, se dijo el Jacinto, si vamos a hacerlo que sea organizado y parejo...

Y lo grabaron, el movía una herramienta para aquí otra para acá una pala para allá *(Sigue todos los movimientos hasta el final del cuento)* y en eso se picó un ojo.

(Lo que sigue es en tono confidencial). Ahora, que estos no volvieron nunca para pagarle, se fueron muy sonrientes y no nos aseguraron cuando ni donde salía.

Cristina: Entonces le tomaron el pelo.

Rosario: No porque lo grababan de todos lados, hasta le hicieron levantar la zapatilla con pierna y todo. Estaban muy entusiasmados, algo les habrá pasado, lo raro es que fue hace tres meses...

Valencia: Porque no nos sentamos y le hacemos honores a lo que tenemos en la mesa.

Cristina: Me voy a servir un poco de ese vino, *(Pero se sienta y espera)*.

Rosario: Ah viste que sos la misma divina loca de siempre, si antes te empedabas con nosotras.

Valencia *(Les sirve vino a todas).*

Cristina: *(Lo prueba y se le escurre un poco por la boca. (Se mancha el vestido y exclama casi con sollozos):*

POR TODOS Y CADA UNO DE ESOS MALDITOS HIJOS DE P...

Valencia: *(Amorosa)* Eh, qué pasa, no es para tanto lo del vestido, seguramente vos tendrás algún entripado... qué te pasa mammina, ¿te acordás como te decía?

Cristina: Sí, claro, si a duras penas te sostenías en pie cuando te levanté de la calle y ¿sabés que?, nunca me perdoné no darte una vida mejor. Terminar de puta, creyendo en cada promesa de cualquier tilingo que prometía sacarnos de allí. Por todos esos momentos de no estar ahí, de fingir no estar. Sabes qué: nunca se los conté pero yo no nací en la calle. Yo tuve otro esposo antes de Montero, era un hijo de puta, cuando lo dejé no tenía adonde ir. Me fui a sentar a una plaza y se me acercó un muchacho gordito con cara de buenote. No me gustaba pero le creí cuando me dijo que me iba a ayudar, yo tenía 21 años y era tan estúpida... Jugó conmigo y después no me cumplió. De ahí rodé de casa en casa, conociendo hombres y viviendo mal. No me pagaban nada. Tenía que hacer limpiezas. Y un día me miré al espejo, estaba empezando a parecerme a mi abuela, metí la panza. Paré el culo y bueno... Después las conocí y creo que las ayudé en lo que pude. No quisiera seguir, se casaron con esos pobres hombres buenos para nada y yo me volví más y más "alegre". Hasta que Montero llegó, no le creí y creo que por eso se encaprichó conmigo: pero saben que, yo en todos esos años no lo quise. Jamás lo quise. El otro día me encontré con Gerardo, mi primer esposo, estaba viejo, no me vio o fingió no verme. Y yo me dije y... POR TODOS Y CADA UNO DE ESOS MALDITOS HIJOS DE P... y este el mayor, yo dejé de quererme. Volví a casa, le preparé la mejor comida hecha en casa a Montero, lo mimé, le dije que lo quería y empecé a quererlo. ¿Qué raro no? Súbitamente empecé a quererlo. ¿Se quedaron mudas?

Valencia: Por lo menos ahora podés ser feliz, encontraste motivos.

Rosario: Yo creo que soy feliz *(en un tono ingenuo)*, Jacinto no será limpio, no será trabajador, estará enfermo, pero a mí me quiere, me mimó y me cuida. Es el amor de mi vida. A mí, mi madre me dejó en la

estación Peñarol, me crío una señora que pobre en su ignorancia me dejaba todo el día en la calle, había una vecina que me daba de comer pero me hacía dormir con hombres. Yo no conocí una vida tranquila hasta que el Jacinto me sacó y nunca me levantó la mano.

Cristina: Pero claro Rosario, si el Jacinto nunca levantó las manos ni para mover un pico.

Rosario: Sos una vos... Pero Mammina, te quiero.

Cristina: Mirá como se sube al carro, esta, seguro que es una nena de pecho al lado mío.

Valencia: Bueno, bueno. Comamos y celebremos.
(Las tres levantan las copas...)

FIN